Ahora, España

Javier Marcotegui

CAUSA pavor pensar que el PSOE y Podemos hayan concluido que la solución del complejo resultado electoral sea una cuestión de sumar los sumandos precisos hasta alcanzar el simbólico número de 176. El que marca el límite inferior de la mayoría absoluta necesaria para investir al presidente del Gobierno.

Hace ya mucho tiempo que terminé los primeros años de la enseñanza primaria, aquellos en los que se aprendía a sumar con llevadas, que permitía resolver las sumas que nos ponía el maestro en la pizarra. La cuestión política que el ciudadano ha planteado en las últimas elecciones no es la de hallar el resultado de una suma, que con acierto lo hace cualquiera de mis nietos más jóvenes, cuanto la de determinar los sumandos más pertinentes. Los que configuran la suma más conveniente a los intereses de España.

¿Deben ser la compleja y heterogénea retahíla de sumandos a lo que nos conduce el reciente acuerdo PSOE-Podemos? En todo caso deben añadir los 7 nacionalistas conservadores del PNV y los 13 independentistas de ERC. Desde luego, se alcanzaría el número mágico para conformar el gobierno, pero albergo serias dudas sobre la firmeza, estabilidad y sentido constitucional de éste. Más bien opino que los sumandos de PNV y ERC trabajarán más por "progresar" hacia sus objetivos nacionalistas y separatistas, por hacer efectivos sus propios intereses políticos que el general de los españoles. Cualquiera con sentido común comprende que no parece prudente encargar al zorro el cuidado del gallinero, ni confiar la defensa y aplicación de la Constitución a quien tiene por objetivo superarla, en ocasiones sin respetar la legalidad, y que la acata solo por imperativo legal.

¿No debería oponerse a la alternativa anterior los sumandos de los 120 diputados del PSOE y los 90 del PP que suponen la sólida cifra de 210 diputados constitucionalistas? Con ellos se consigue la firmeza y la estabilidad del Gobierno, con ellos se garantiza el sentido de estado y constitucional precisos para efectuar un diagnóstico correcto de los graves problemas que aquejan a los españoles, con ellos se podría disponer los medios adecuados para configurar y apoyar un gobierno de progreso. Sí, un Gobierno de progreso que, blindado contra las ocurrencias y veleidades de los que no tienen más responsabilidad que la de sacar el máximo provecho de sus propias situaciones electorales, avance hacia su solución con criterios objetivos.

Causa temor observar que en los análisis del resultado electoral se cuelan valoraciones de estricto interés partidista. Los partidos desprecian a los electores cuando les obligan a asistir impotentes a los oscuros cálculos y elucubraciones de sus órganos gestores sobre los efectos políticos que sus decisiones pueden causar en los demás partidos. El PP teme ser desbordado por la marea verde de VOX si entrega el liderazgo de la oposición; el PSOE se inquieta porque le arrebaten la vacía etiqueta de progresista; los podemitas son los salvadores de las esencias izquierdistas; los independentistas a lo suyo, los partidos regionales se venden por su prebenda regional.

Albergo serias dudas sobre la firmeza, estabilidad y sentido constitucional de este gobierno

Son posibles otras sumas inferiores a 175 para elegir al presidente, pero todas nos entregarían un Gobierno débil, salvo acuerdos de legislatura entre los partidos implicados. No las considero porque España se encuentra en una situación política anormal. Son muchos y graves los problemas que nos acosan y requieren resoluciones urgentes. No hay dedos suficientes para señalarlos. Entre otros, la defensa de la soberanía nacional asediada por los nacionalismos; la definición del modelo de estado; la crisis económica anunciada; los efectos del *brexit* sobre la economía; la quiebra de la caja de las pensiones; la reforma de aspectos sustantivos de la Constitución y de la ley electoral; la aplicación del principio constitucional de igualdad y solidaridad en la educación y la sanidad; la financiación autonómica ...

Ahora no es el momento de los partidos, ni de sus intereses y componendas, es el momento de España. Ahora España, con valentía, arrostrando todas las consecuencias políticas.

Javier Marcotegui Ros Exconsejero del Gobierno foral

¿Amortizar deuda? ¡Sí!

EN una reciente entrevista a la consejera de Economía y Hacienda del Gobierno de Navarra, Elma Saiz, publicada en este mismo periódico, confirmaba que el superávit de 2018 "se está destinando a amortizar deuda". Varios partidos que sustentan al Gobierno se han mostrado contrarios a esta medida, que consideran unilateral y contraria a sus prioridades, que se centran en que la Administración realice inversiones sostenibles.

En este tipo de debates siempre es bueno mirar las cifras. Veamos algunas. Cuando llegó la crisis económica en 2008 se hundieron los ingresos fiscales, hubo que recortar gastos y, para financiar el déficit restante, Navarra tuvo que endeudarse, al igual que lo hicieron empresas y familias de toda España.

Desde 2013 la economía comenzó a crecer de nuevo, se creó inversión y empleo y aumentaron los ingresos fiscales de la Administración. Ahora bien, el comportamiento del Gobierno de Navarra y de los particulares fue radicalmente distinta: las empresas y familias españolas aprovecharon la mejor coyuntura económica para reducir su endeudamiento. Así, a día de hoy la deuda privada -de empresas no financieras y hogares- se halla en el 132,8% del PIB frente al casi 200% de 2009.

Sin embargo, la deuda pública de Navarra no se redujo como en el sector privado, sino que aumentó del 4,6% del PIB en 2008 al 16,70% del PIB en 2019, lo que significa que la deuda por habitante, que en 2008 rondaba los 1.400 euros, se encuentra en 2019 en 5.350 euros. Este hecho hace que la Hacienda de Navarra sea más frágil ante una posible crisis económica, que volvería a reducir sus ingresos fiscales, o ante una probable subida de los tipos de interés de la deuda, que ahora mismo son anormalmente bajos. Puede entenderse que en entornos de recesión, como la grave crisis económica sufrida desde 2008, se recurriera a la deuda como fórmula de financiación. Pero no ahora.

José Manuel Ayesa

Por si estas consideraciones fueran pocas, a la Hacienda navarra se le ha acabado el recurso a nuevas subidas de impuestos, porque las que realizó el anterior Gobierno ya nos han dejado en la peor posición competitiva posible de cara a una nueva etapa de menores crecimientos.

De hecho, en la legislatura anterior se gastaron no solo los recursos adicionales propios de un periodo de recuperación económica, sino que se recurrió a un endeudamiento creciente -siempre en el límite de lo permitido por la Administración central- para poder elevar aún más ese gasto. Se consiguió, así, la cuadratura del círculo al aumentar el gasto público y empeorar la calidad de los servicios prestados.

Dicho todo lo anterior, en momentos de bonanza económica, con Navarra creciendo por encima de la media española a pesar del enfriamiento económico, desde Institución Futuro aplaudimos esta decisión relevante de política económica del nuevo Gobierno: el amortizar deuda es digno de elogio, pues implica incrementar el margen de actuación para el futuro cuando, tarde o temprano, nos enfrentemos a una fase negativa del ciclo económico.

La amortización de deuda está recogida en la Ley de Estabilidad Presupuestaria, que indica explícitamente que el destino del superávit presupuestario debe ser el de reducción del nivel de endeudamiento neto. El Gobierno está, por tanto, cumpliendo la citada ley. Pero hay otro argumento que no está unido a la ley de estabilidad presupuestaria, sino al concepto de que la política económica debe estar ligada a la política social. En ese sentido, ha de haber elementos de justicia intergeneracional que deberían obligar al Gobierno a tener unas cuentas saneadas pensando en la actual sociedad y en los navarros del futuro. Sería muy irresponsable aplicar políticas cortoplacistas, las de pan para hoy y hambre para mañana, que dejaran a Navarra endeudada y con poco margen para ofrecer los servicios públicos a los que nos tiene acostumbrados.

Así pues, el anuncio de la Consejera nos hace concebir esperanzas positivas, cara al futuro, de que les sigan otras medidas que cambien el rumbo de algunas de las políticas del anterior gobierno y que esperamos se concreten en los Presupuestos Generales de Navarra para 2020.

José Manuel Ayesa Dianda Miembro del think tank Institución Futuro

Antonio Casado

UN BLOQUE DE GOBIERNO

SI no admitieron preguntas en la comparecencia conjunta, cabe deducir que todo está atado y mal atado en el abrazo Sánchez-Iglesias del martes. Pero hemos de razonar a partir del preacuerdo "abierto a otras fuerzas políticas" y cerrado a "quienes defienden el odio y la confrontación entre españoles".

La primera declaración de intenciones (incorporar a otros) sugiere el intento de formar un bloque la gobernabilidad que desborda la mayoría absoluta (hasta 180 escaños) sin el PP (88 escaños). La segunda excluye al independentismo furioso ("independencia o barbarie", gritan sus activistas) y a esa alternativa antieuropea, homofóbica y xenófoba que califica de "golpe bolivariano" el venidero Gobierno de izquierdas.

Ese bloque de gobernabilidad pretendido por los guionistas de Sánchez cuenta con los 10 escaños de Ciudadanos, no con los 13 de ERC. Me consta la voluntad de los negociadores socialistas de atraer al partido naranja, aunque se haya desmarcado oficialmente después de calificar de "nefasto" el preacuerdo PSOE-UP. No creo que sea la última palabra de un partido desconcertado tras la espantada de Albert Rivera. Me sorprendería que, llegado el caso, no fueran sensibles al riesgo de que su rechazo suponga empujar a Sánchez a endeudarse con los separatistas de ERC y Bildu.

Hay otros inconvenientes. Ciertas incompatibilidades. La del PNV con Cs por cuenta del foralismo. La de Nadia Calviño con Iglesias (¿futuros vicepresidentes?) respecto a las políticas sociales. O la dudosa adhesión de UP al orden constitucional, en relación con el llamado conflicto catalán. No son inconvenientes insalvables, a sabiendas de la infinita capacidad de los profesionales de la política para adaptarse a la cruda realidad.

No se entiende el rasgado de investiduras porque Sánchez lograse en una hora lo que no quiso lograr en tres meses por su empeño en reforzarse para poder gobernar en solitario. Claro que perdió la apuesta, frívola y un tanto irresponsable. Pero eso ya es llorar sobre la leche derramada. Acabar con la interinidad sigue siendo una asignatura pendiente. Saludemos lo que se proponga en ese sentido. No veo mejor alternativa al bloque de estabilidad que planean los guionistas de Moncloa.